

PROS Y CONTRAS DE UNAS ELECCIONES 85

SON ya numerosos los indicadores que apuntan a que las elecciones generales españolas puedan celebrarse en el último trimestre del 85.

Por parte socialista suelen aducirse dos argumentos en contra de esa probabilidad. Uno es de orden moral: el presidente y su Gobierno son decididos partidarios de observar los plazos. Otro pertenece a la conveniencia política de los que han de tomar la iniciativa (una mayoría en las dos cámaras, tan holgada como la que ahora posee el presidente González, es muy difícil que se repita). Pero las razones que sirven de contrapeso a ambos argumentos son poderosas.

El PSOE adquirió irreflexivamente el compromiso de convocar un referéndum nacional para ver si salíamos de la OTAN o seguíamos en ella. Pero resulta que el Gobierno socialista, una vez en el poder, ha llegado a la convicción de que el interés nacional pide la permanencia de España en la Alianza. No es seguro, en cambio, que se haya persuadido de ello una parte sustancial de sus diez millones de votantes del 82.

Están, además, en contra de la OTAN los comunistas y las izquierdas, y los sectores políticos marginales de ese lado del espectro: no son muy numerosos a la hora de las urnas, pero sí muy ruidosos en las acciones de calle. El Gobierno socialista sólo podrá ganar el referéndum, puesto que ganarlo sería obtener un sí a la Alianza, contando con aquellos votos suyos que sea capaz de arrastrar a la nueva actitud, y con los de las oposiciones del centro y de la derecha. Esto último implica muchas dificultades.

Los grandes partidos nacionalistas necesitarían contraprestaciones de envergadura para volcarse en sacar las castañas del fuego al Gobierno de Madrid, especialmente porque en sus propios territorios, los nacionalistas de izquierda van a postular el abandono español de la Alianza; y en Cataluña, los comunistas aprovecharán la oportunidad para oponerse a la OTAN en nombre del catalanismo.

Los demás partidos de la oposición reclamarían otros precios, también políticos, para acudir en apoyo del Gobierno en ese referéndum. Por ejemplo, que la presencia en la Alianza lo sea de verdad y con todas las consecuencias.

Pero aunque los partidos de la oposición obtuvieron una modificación de la oferta González, que supusiera el mantenimiento del acuerdo parlamentario de la mayoría OTAN del 81, no es nada seguro que logran movilizar a gran parte de sus electores para acudir a votar y para hacerlo en favor del Gobierno. Muchos votantes que se sienten en oposición al Gobierno, responderán a un referéndum OTAN encogiéndose de hombros y diciendo que «allá se las compongan».

Pero ése es sólo uno de dos signos que podrían propiciar un acortamiento sustancial de la legislatura. Otro es que el



ANTONIO
FONTÁN

Gobierno ha perdido por lo menos una quinta o cuarta parte de sus votos, a causa de la coyuntura económica mundial que no remonta —y, por lo tanto, la española tampoco— con el consiguiente aumento del desempleo; y a causa también de que las grandes ambigüedades socialistas no promueven la confianza de los que se arriesgarían con iniciativas económicas creadoras, mientras frenan las inversiones extranjeras. Estas, en otras condiciones, se habrían lanzado aquí en tropel al día siguiente del ingreso de España en las Comunidades Europeas.

Los empresarios españoles se encuentran con dos penalizaciones que les detienen bruscamente: el alto coste de los créditos, al que se une la competencia que les hace el Estado para atender al déficit público, y el de la seguridad social, más la rigidez del empleo. Las inversiones extranjeras serían más ágiles si se aliviaran esas circunstancias y se despejaran las inquietudes que suscita la que parece irreprimible vocación tercermundista del Gobierno español.

TALES problemas sociales y económicos se pueden agravar con el paso de los meses, de modo que las perspectivas electorales del PSOE fueran cada vez menos brillantes.

Por otra parte abona la suposición de unas elecciones anticipadas el desconcierto de la oposición, que se compone, muy señaladamente en el interior del partido más numeroso, de dos clases de elementos: los que miran hacia atrás queriendo algún tipo de «rectificación de la democracia», y los que se encaran con el futuro para que España siga marchando con firmeza, ahora que ya pertenece a la CEE y a la OTAN. He dicho precisamente «rectificación de la democracia» porque apenas existe la nostalgia de situaciones anteriores. Pero si hay unos señores en Burgos o en León o en Segovia, que querrían volver atrás el proceso autonómico; otros a quienes gustaría derogar todo lo que han establecido los socialistas por haberlo hecho ellos; otros, en fin, que todavía tienen cuentas pendientes con la antigua UCD por su política en cuestiones de derecho civil o en materia fiscal.

La fluidez de que adolece todavía ahora el mapa político de los partidos en todo el espacio no socialista —también en el que está a la izquierda del PSOE— es una cuestión más, que normalmente hará pensar a los estrategas del PSOE que les interesa no demorar demasiado las elecciones generales.

A la oposición, en cambio, le convendría —y mucho— que se cumplieran los plazos. El Gobierno socialista, una vez que ha entrado en las Comunidades Europeas, sin que haya estallado una coherencia nacional, no tiene muchos puntos que ganar ante el electorado —y quizá ninguno— entre esta primavera del 85 y la fecha límite de las elecciones generales, dentro de año y medio.